EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

BAJO EL PUENTE MIRABEAU

MADELEINE BOURDOUXHE

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *Sous le Pont Mirabeau*

Cofinanciado por el
programa Europa Creativa
de la Unión Europea

© Madeleine Bourdouxhe, 1944
© de la traducción, Vanesa García Cazorla, 2026
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-28-3
DEPÓSITO LEGAL: M-9067-2026
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: *River Rising*, © Annemarie Stanley, 2021
MAQUETACIÓN: N. Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Tumbada boca arriba, se estira bajo las sábanas. Ya no sufre. Una gran beatitud la envuelve por completo, la beatitud de la infancia, el bienestar que sigue al sufrimiento. Ha vuelto a la niñez, de la cabeza a los pies, en su carne, en su corazón, en su mente. En la punta de la lengua, siempre la letra de una canción disparatada; para entenderla, no hay esfuerzo que valga. *Caracol tuerto, préstame tus cuernos; un, dos, tres, ya no me ves*. ¿Era así la letra? Ay, paz en mí y, a mi lado… Gira la cabeza para ver un rostro minúsculo a través de la rejilla lacada. La criatura sonríe: no es hermosa; al calor del agua y de la sangre de su madre, lleva en sí la huella de una nebulosa, de cuanto la precede. Le falta algo que aún no la ha envuelto, ni liberado, ni tocado con su gracia. Mañana será hermosa, cuando la aurora se le haya deslizado por el rostro, cuando los olores le hayan acariciado las fosas nasales, cuando el aire que respiramos le haya bañado el cuerpo, cuando una

mínima fracción del tiempo terrenal le haya secado el cabello y desarrugado las manos. Entonces, habrá encontrado su lugar y, habiendo penetrado suavemente en los bellos fenómenos del mundo, se habrá acomodado entre ellos convertida ella misma en fenómeno. Mañana, al despuntar el alba, ella, que acaba de nacer en el mes de mayo, será hermosa y conocerá el sol. Precioso mes de mayo, caracol tuerto, préstame tus cuernos, ya no siento dolor y voy a dormir bien, a quedarme dormida… Ay, paz en mí y, a mi lado…

Entre sueños oye un fuerte golpe que la sobresalta. Medio inconsciente, piensa: raya el día y, desde lo alto de un camión, un hombre arroja a la acera un cubo de basura vacío. Dos cubos de basura. Diez cubos de basura. Cien cubos de basura. Ella se apoya en un codo, con el rostro girado hacia la ventana, que, al tener las cortinas echadas, no desvela nada. El sueño y la infancia la abandonan dulcemente.

El reciente sufrimiento de su cuerpo y el bienestar que le siguió mudan en pasado. Ahora que vuelve a ser una mujer normal, distingue cada ruido, su significado real. Bombardeos en serie y salvas de fuego, impactos que se mezclan, se confunden, y todo se amplifica, se torna caótico y parece sostenido por el intenso y rítmico tumulto de las sirenas.

Se incorpora y se sienta en la cama sin ni siquiera reparar en si su cuerpo la obedece. Se inclina hacia el bebé, lo levanta, se lo acerca, lo acuesta a su lado, en sus brazos. Ha dejado de oír los estruendos que llegan desde fuera y que ahora son continuos. Son el fondo de un escenario infernal que no cambia. La vibración de las ventanas y el temblor de las paredes parecen repetirse a intervalos tan periódicos y breves que ya no sobresaltan. Ella presta atención a los ruidos del exterior: pisadas, carreras por los pasillos, repetidas llamadas de timbre, voces. Espera a que suceda Dios sabe qué.

Entra una enfermera, despavorida: «Ante todo, no se muevan… No se asusten… Puesto que nuestra región no está en guerra, no se trata de un bombardeo. Es la defensa antiaérea, que dispara contra el cuantioso número de aviones que nos sobrevuela… Eso sí, no pueden tocar a los bebés… Se acaba de dar la orden de dejarlos en las cunas…».

Ella vuelve a coger a su hija, de nuevo la acuesta rápidamente en la camita y se marcha, asustada.

No le ha respondido palabra a la enfermera, no ha protestado. De nuevo sola, se inclina por segunda vez, se coloca a la niña muy cerca y así se queda.

Percibe un rugido más intenso: el de un motor. Como si un avión bajara en picado, remontara, volviera

a descender. Dos veces en apenas unos segundos, el edificio tiembla desde los cimientos hasta el tejado. Ella mira las ventanas, los cristales, que están junto a la cama. Dios te salve, María, llena eres de gracia… Santa María llena de gracia no era tan frágil. Una hermosa noche se detuvo y se bajó del burro para dar a luz en el primer sitio que encontró. Y, poco después, volvió a montarse en el animal para reemprender el camino. Si al menos pudiera llegar hasta ese rincón de la habitación, apoyarme con la niña en el armario, lejos de las ventanas. Aparta las mantas; doblando el brazo, sujeta a su hija y la estrecha contra su pecho. Con la mano derecha tantea, busca un punto de apoyo; desliza las piernas fuera de la cama, se sostiene en pie unos segundos. La cabeza le da vueltas, las rodillas están a punto de cederle, su cuerpo ya se tambalea. Se tumba nuevamente, cierra los ojos un instante. Sin duda, santa María era santa María y yo tan sólo soy yo. Todavía necesito un par de horas de descanso. Entonces podré moverme, lo sé. Hasta ahora las ventanas y las paredes han resistido. Seguro que resistirán dos o tres horas más. Se apoya en la almohada y así se queda, impasible, abrazada a su hija.

Qué tranquilo está el cuarto en este primer día. Tranquilo e inundado de sol. Una luz extensa y brillante

calienta las mantas y, encima de la sábana doblada, las dos manos, inertes. Una marea de quietud y de silencio, extraña, irreal, angustiosa a fuerza de estar al margen de todo lo demás. Con el rostro hacia la ventana, el oído atento al menor ruido y a las palabras que trae el aire, se incorpora ligeramente y reconstruye la vida de las calles.

—Lo veo brillar. Puedes estar seguro de que van a disparar.

—Creo que lo veo… Muy lejos, entre los dos árboles, ¿verdad?

—Los franceses invaden los bulevares.

—Entonces es que no pasa nada.

Pero ésa es una calle secundaria, alejada del centro, y es raro que envíe esos reveladores ecos. En la mayoría de las ocasiones son los propios ruidos respondiéndose unos a otros, repitiéndose, exasperantes, agotadores, tanto que parecen inútiles: señales de alerta, salvas de fuego, ella cuenta los sordos y rítmicos disparos, una pieza pesada, una pieza ligera, una pieza lejana, una pieza cercana, silencio, señal del fin de la alarma. Todo vuelve a empezar y luego cesa, y después vuelve a empezar. Leves estruendos que ya no se parecen al caos de la noche. Leves estruendos que marcan el tiempo, que trastornan el silencio.

La taza y el plato del almuerzo siguen encima de la mesa. Las enfermeras están desbordadas. Por los

pasillos, las camillas van de acá para allá, las puertas se abren y se cierran, el timbre de los teléfonos vibra: los sobresaltos de la noche han precipitado los nacimientos. Hay una afluencia continua de mujeres doloridas por las contracciones del parto. Todos los bebés que deberían haber nacido aquí a lo largo de quince días quieren nacer hoy. Una taza y un plato. En la silla, la maleta, desde ayer por la mañana. Flores en un jarrón. Una mesa lacada. Una cama lacada. La habitación, inundada de sol, que da de lleno en las mantas, en mis manos y en mi frente. Quietud y silencio en la habitación. Silencio en mi habitación, abandonada por el tiempo terrenal.

Se incorpora un poco, coge a la niña en brazos; el aire, saturado de olores, el de los lirios del valle que se abren en el jarrón, el de la madera de los muebles, el de las telas, le acaricia las fosas nasales al bebé, y las dos manos de su madre le acarician las mejillas, y el calor de su madre, en las horas del amanecer, impregna su cuerpo, y el sol le acaricia el cabello, y el tiempo terrenal le desarruga las manos. Mi preciosa hijita, éste es tu primer día.

La calle vuelve a hablar:

—Parece que las cosas se han puesto feas en la frontera…

—Vaya, habrá que esperar a que lleguen los refuerzos…

Ella cierra los ojos. Ve las carreteras, los pueblos, las estaciones de tren, las fronteras. Se forman nuevas imágenes engarzadas en otras muy antiguas. Se superponen, se confunden, se alternan. Los recuerdos surgen desde lo más profundo de su ser y del tiempo, y se despliegan. A través de los ruidos, las palabras y los olores de hoy, las atmósferas del pasado reviven, así como sus perturbadoras minucias. Una mañana de agosto, radiante como esta mañana de mayo, una niña inocente a la que sus padres llevan de la mano. Una niña sin recuerdos, una niña que nada deja atrás porque desconoce que posee algo. Había visto el Mosa río abajo; no lo conocía río arriba. Nuevas carreteras, ciudades y paisajes: aprende lo que es el descubrimiento. Manos que se entrelazan y se separan, y pañuelos que se agitan: aprende lo que es la amistad y el desconsuelo. En el andén de una estación, una mujer besa a un hombre, lo besa de nuevo, lo inunda de lágrimas; se choca con todo un conjunto de objetos de cuero, mochilas, escudillas; con los brazos vacíos y el corazón abierto, se apoya en la pared: aprende lo que es el amor conyugal. El tren se detiene en medio del campo mientras cae el día; los árboles, malva y dorados, están envueltos en una belleza distribuida de manera uniforme: aprende lo que es la delicadeza de un paisaje vespertino. Tumbada en la cama-jaula de una habitación de alquiler, oye en lo más hondo de sus

adentros la voz de su abuelo materno, que la recoge en el colegio y le cuenta que hace mucho tiempo había en Isfahán un jardinero que temía la muerte. Ella no comprendía del todo, pero era agradable sentir aquella áspera mano rodeando su mano de niña: aprende lo que es el recuerdo. Sus libros de colegiala estaban listos para explicarle que su país se dividía en nueve provincias, que el mundo tenía cinco continentes, que Jean oyó ladrar al perro de Jérôme, que René comió arroz y ridiculizó a Robert. Ahora aprende a leer con frases como «Aperitivos a cualquier hora», «Saponite es el mejor de los detergentes», «Cuando el cañón dispare, siga por la acera de la derecha», «Callos al estilo de Caen», «Vamos, hermanos, a Châtelet». Envuelta en el olor a carburo que proviene de los puestos iluminados, por la gran avenida populosa, con las piernas cansadas y los ojos bien abiertos, camina por el corazón de la vida de los hombres.

Una mañana de mayo que se ha fundido con una mañana de agosto, y hela aquí de vuelta a la fuente de sus recuerdos, a la fuente de sí misma. En la lánguida habitación, en su benévola quietud, la supervivencia de la niña que ayer fue y su llamamiento, llevado por los murmullos de hoy, hinchen su corazón.

Estas calles, estas carreteras, estos hombres, estos árboles, estos ríos, esta claridad de la luz y estas sutilezas del aire presentarán ahora los mismos colores,

las mismas resonancias y el mismo sentido por el que se le reveló la vida. La niña que ayer fui, niña de mi recuerdo, de ti a mí, y de mí a esta otra niña. Tal vez hoy, sencillamente de ti a ella…

Mientras, las defensas de los hombres ceden ante hermosos y poderosos soldados.